

11. Mas, para volver á nuestro asunto: ¿cómo no ha de ser hoguera encendida de amor la Eucaristía, á lo menos para quien tenga ojos y luz de fe, siendo así que en ella está Cristo, verdad, justicia y bienaventuranza verdadera y única, porque todo esto es Él?<sup>1</sup> En la Eucaristía está la verdad; pero ¡de cuán radiosa manera! No es una verdad la que allí resplandece, es un haz de verdades luminosas, un compendio de todo cuanto Dios ha revelado, es el Revelador en persona, el que dijo: *Yo soy la verdad*<sup>2</sup>, el cual está allí con toda la majestad de un sol eterno, dando luz para aclararlo todo, hasta en medio de las sombras del misterio. Piedra de toque del verdadero creyente, la adorable Eucaristía ciega al incrédulo, é ilumina el alma fiel. *Acercaos á Él, y seréis alumbrados*<sup>3</sup>. En la Eucaristía reside, como en su trono, la justicia, esto es, la santidad por excelencia, que por eso llámase *Santísimo* este Sacramento: santísimo en sí mismo por contener al Santo de los Santos, lo es en sus efectos, que todos se resumen en la santificación. Ni hay ni se concibe santidad en la criatura que no derive de la Eucaristía como de su propia fuente. *Sacaréis torrentes de agua de las fuentes del Salvador*<sup>4</sup>. En cuanto á la felicidad, decidlo, almas dichosas, que, después de haberla buscado, pero siempre en vano, en todas partes, habéis hallado el lugar de vuestro descanso al pie del tabernáculo: ¿cabe mayor felicidad sobre la tierra que la de unirse á Cristo, al esposo dulcísimo, en abrazo tan estrecho como se cumple en la divina Eucaristía? ¡Ay! y ¡cómo suben y se encienden las llamas del amor en el altar!

<sup>1</sup> Quod totum Christus est (*August. l. c.*).

<sup>2</sup> Io. 14, 6.      <sup>3</sup> Ps. 33, 6.      <sup>4</sup> Is. 12, 3.

12. ¡*Qué tarde te llegué á conocer, amado mío!* digamos con el ardiente Agustín: ¡*qué tarde y tibiamente te he llegado á amar!* ¿No me aplicaré en adelante á conocerte mejor? ¿No llegaré á abrazarme en caridad? Conózcate á Ti, mi Dios sacramentado: ámeme aquí y en la eternidad. Así sea.

### SERMÓN SÉPTIMO

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1896).

#### Efectos del Pan eucarístico: fortaleza y suavidad.

Esurientes implevit bonis.

Á los hambrientos hartó Dios de bienes.

Luc. 1, 53.

1. En los momentos mismos en que el mundo de las grandes ciudades, el mundo del refinamiento del lujo y los placeres, convida á los hombres insensatos á entregarse á los festines y á embriagarse con la copa del deleite de todos los sentidos<sup>1</sup>, el amoroso Jesús, el gran Padre de la familia cristiana, rico en misericordia y poderoso para satisfacer toda el hambre y sed de felicidad que devora nuestro corazón, nos invita por la voz maternal de la Iglesia su esposa, á sentarnos á una mesa, á disfrutar de un festín y banquete, que no tienen más espléndido y regalado los mismos bienaventurados de la patria celestial. Tal es el sagrado banquete de la Eucaristía, al cual nos llama el Salvador por estas dulcísimas palabras: *Venid y comed mi pan, y bebed del vino que he preparado para vosotros*<sup>2</sup>. *Comed, ami-*

<sup>1</sup> durante el carnaval.

<sup>2</sup> Prov. 9, 5.

gos míos, y bebed y embriagaos, hijos de mi ternura<sup>1</sup>. Próximos á dar principio á la santa cuaresma, la piedad congrega á los fieles en las iglesias ante el altar de la exposición del Santísimo Sacramento para adorarle allí durante cuarenta horas y desagrarle por los excesos de los hombres ingratos; durante todo el tiempo cuadragesimal, y mayormente hacia el fin de él, hacia la Pascua florida, la Iglesia nos urge, nos impele, nos fuerza dulcemente á participar de la sagrada Mesa; y á este fin no cesa de exclamar: *¡Oh sagrado convite en que se toma á Cristo, refréscase la memoria de su Pasión, el alma se harta de gracia, y dáenos prenda cierta de la gloria venidera!*<sup>2</sup> ¿Quién habrá entre los cristianos que se retraiga de acceder á tan honrosa y saludable invitación?

2. Este es aquel regio y celestial banquete cuyo reflejo nos pinta con vivísimos colores el Espíritu Santo en el opíparo festín del rey Asuero, dispuesto expresamente por el monarca persa *para hacer ostentación de las riquezas y esplendor de su reinado*<sup>3</sup>. Fué aquél un alarde de la magnificencia oriental, que podría parecer fabuloso, á no estar asegurada su autenticidad por el testimonio irrefragable del historiador sagrado. Tiendas de finísimo lino de color de cielo, magníficos cortinajes sostenidos por cordones de oro y púrpura enlazados con argollas de marfil, columnas de mármol, mesas de alabastro, estrados y canapés adornados de oro y plata, pavimento de mosaico labrado con jaspes y esmeraldas... ¿qué faltaba en aquellos improvisados palacios para deslumbrar los ojos y dejar atónito el sentido de los afortunados cortesanos? Agréguese la delicadeza y prodigali-

<sup>1</sup> Cant. 5, 1.<sup>2</sup> Eccl. in sacra liturg.<sup>3</sup> Esth. 1, 4.

dad de las viandas y de los vinos más exquisitos servidos en copas de oro cinceladas; contémplese en medio de la muchedumbre entregada á la alegría, el orden admirable que reinaba por doquiera, presidida cada mesa por un príncipe del reino: y dígase si no fué aquella gran cena de la populosa Susán una magnífica figura de esta otra grande y espiritual cena, dispuesta por el Rey del cielo en la noche de la vida presente, para hacer brillar, á la luz de la antorcha de la fe, las riquezas del poder, sabiduría y bondad de un Dios que se complace en regalar á los hombres. *¡Oh! ¡y qué suavidad, Señor, la de tu espíritu, debemos exclamar con la Iglesia, pues con tan rico y delicado manjar bajado del cielo hartas de felicidad á los hambrientos!*<sup>1</sup>

3. Para animarnos á gustarla en este santo tiempo en que vamos á entrar, propongámonos considerar esta tarde los dos efectos del Pan eucarístico que parecen más obvios y son para nosotros tan necesarios, á saber, fortaleza y suavidad; pues, como dice el dulcísimo San Francisco de Sales<sup>2</sup>: «Este Pan celestial fortifica el corazón y alegra el espíritu.» ¿Quién lo experimentó antes ni mejor que María, flor de la harina con que fué amasado aquel Pan de los ángeles? Invoquémosla, por tanto, con la salutación de Gabriel: *Ave María*.

## I.

4. Si la debilidad es síntoma y precursor de la muerte, la fortaleza es, por contraria razón, condición y prenda segura de vida. Siendo ésta, en el orden moral como en el físico, un porfiado y reñido combate, ¿qué vendrá á ser de la vida, faltándole la fortaleza para resistir á

<sup>1</sup> Eccl. in sacra liturg.<sup>2</sup> Filotea part. IV, cap. 12.

los embates del enemigo que sin tregua le da carga? Fácil es comprenderlo; y por eso nada hay más trivial, pero nada tampoco más acertado y prudente, que aplicarse á fortalecer la vida para ver de prolongarla, puesto que la debilidad la mata. De aquí infero que la fortaleza, ya de cuerpo ya de espíritu, es la vida misma en todo su vigor, en su apogeo, por donde, así como lo que fortalece vivifica, así también lo que vivifica fortalece y vigoriza. Pues bien, hermanos míos, Jesucristo ha dicho: *No de sólo pan material vive el hombre*<sup>1</sup>, formulando así la ley fisiológica de la vida, que se sostiene y desarrolla por medio de la nutrición. El alimento, pues, necesario para el sostenimiento de toda vida, física ó moral, eslo también para fortalecerla. Y, al hablar de la vida en general, no debemos creer más necesaria la fortaleza del cuerpo para la vida física que la del alma para la sobrenatural; muy al contrario, como quiera que siendo ésta más delicada en sí misma y más combatida por enemigos de muerte, necesita rodearse de más poderosos elementos y estar armada de mejores armas para no desfallecer en la pelea. Sí, cristianos: la vida espiritual, la vida de la gracia, infinitamente más preciosa que la vida temporal ó de la naturaleza, es, por desgracia nuestra, mucho más frágil y enfermiza, como la experiencia bien triste de cada día nos lo está demostrando. ¿Cuántos años duró en nosotros, regenerados en las aguas del bautismo, la vida de inocencia bautismal? ¡Ay! que apenas empieza el hombre á ensayarse en la vida racional por el uso de su libertad, apenas despunta en su espíritu el primer albor de la razón, cuando de ordinario muere á la vida de la gracia, de que se le había revestido gratuitamente

<sup>1</sup> Luc. 4, 4.

en el bautismo. ¡Deplorable antinomia, vivir para morir! Pero ¿no es ésta la historia de todas las almas? Y después que por influjo omnipotente del Sacramento de la resurrección espiritual, ó sea, de la penitencia, recobramos la vida, ¿no es, apenas para pocos días, si no para pocos instantes? Resucitamos otra vez y otras cien veces por la acción vivificante del que dijo: *Yo soy la resurrección y la vida*<sup>1</sup>; mas esto mismo ¿no prueba con qué pasmosa fragilidad morimos cada día? Ved aquí la necesidad de revestirnos de fortaleza invencible para conservar en nosotros la vida espiritual.

5. Busquemos, pues, el alimento que debe infundirnos esa divina fortaleza. Elías, fatigado material y moralmente, á la sombra de un enebro en el desierto, comió del pan que el Ángel del Señor le mostró; y fortalecido en alma y cuerpo con aquel alimento milagroso, prosiguió su camino sin parar hasta el monte de Dios, hasta el Horeb, donde halló remedio para sus trabajos<sup>2</sup>. ¿Cuál es el alimento doblemente milagroso, en cuya virtud caminaremos nosotros ligeros y fuertes hasta el Horeb de la bienaventuranza, sino el Pan de la Eucaristía? En efecto, *el hombre* espiritualmente *vive*, dice el mismo Jesucristo, *de la palabra que procede de la boca de Dios*<sup>3</sup>; mas ¿cuál es esa palabra por excelencia, esa palabra portentosa salida de la boca del Hijo del Altísimo, tan omnipotente como la que hizo brotar la luz del fondo de las tinieblas, sino la que resonó en el Cenáculo, aquella noche iluminada con los rayos de la más inflamada caridad: *Tomad y comed: Esto es mi cuerpo. Tomad y bebed: Esto es mi sangre*<sup>4</sup>. Y como esa pa-

<sup>1</sup> Io. 11, 25.

<sup>2</sup> 3 Reg. 19, 3 sqq.

<sup>3</sup> Luc. 4, 4.

<sup>4</sup> Luc. 22, 19 sq.

labra, por ser de quien es, obra lo que significa, y significa lo que obra, vivir de esa palabra es vivir del Sacramento que surgió de ella, no sólo en el Cenáculo, hace diez y nueve siglos, sino en los altares de la Iglesia hoy y siempre hasta la consumación de los tiempos. *Haced esto en memoria de mí*<sup>1</sup>. *Hacedlo hasta que vuelva á juzgar á todos los hombres*<sup>2</sup>. ¡He aquí el secreto de nuestra fortaleza! Comed de este divino bocado, y viviréis, y vuestras almas se sentirán fortalecidas. Y ¿cómo no, si Cristo nos asegura con énfasis que su carne es verdaderamente manjar? Luego no puede menos de nutrirnos y fortalecernos. ¿Queréis verlo más claramente? Pues reflexionad en que el alma, aguijada en sus principales potencias por el hambre y sed de conocer y amar, no se alimenta ni satisface con los bienes exteriores, sino con la verdad pura y el bien verdadero, cuya posesión la fortalece y dilata sus fuerzas. ¿Cuál es el espíritu fuerte, sino el que es capaz de abarcar muchas y sólidas verdades? Y el corazón magnánimo ¿cuál es sino el que, abrazada la verdad, está pronto á seguirla y practicarla en todas ocasiones? Pues, siendo Dios, por su esencia, la Verdad misma y el Bien sumo, y Jesucristo, por poseer la divinidad encerrada en naturaleza de hombre, *Verdad y Vida*<sup>3</sup>: ¿á qué otra mesa acudirá el débil mortal para refocilar su espíritu agotado, sino á la del altar de Dios en donde se le sirve á Cristo bajo los accidentes de corporal alimentación? *Entraré al altar de Dios*, dice el alma sabedora de su flaqueza, *tomaré á Cristo* que renueva la lozanía de mi juventud<sup>4</sup>. Aquí hallará, no una verdad

<sup>1</sup> I Cor. 11, 24.<sup>2</sup> Ibid. v. 26.<sup>3</sup> Io. 14, 6.<sup>4</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

ó un bien, sino toda verdad y bien cumplido, hallando á Cristo; y no lo gustará á la ligera y como con los labios, sino que lo tomará todo entero y se satisfará plenamente con la abundancia del manjar celestial. *Porque sació al alma extenuada y hambrienta, y la colmó de bienes*<sup>1</sup>, como vaticinó David. *Si los que esperan en Dios*, al decir del Profeta Isaías, *trocarán la fortaleza*<sup>2</sup>, revistiéndose de la divina, ¿qué deben esperar los que se alimentan de Dios? Por eso dice el Crisóstomo<sup>3</sup> que los que se acercan á esta Mesa divina, se apartan de ella como leones, que echan llamas por la boca, poniendo espanto al mismo infierno.

6. ¡Ah! cristianos, ¡cuánto no alienta y vigoriza al alma desmayada una palabra dulce, enérgica, oportuna! Vosotros habréis podido experimentarlo alguna vez, y he ahí descifrada la magia de la elocuencia, el prestigio del genio y el poder de la amistad. Una palabra puede valer una victoria: díganlo las legiones de Aníbal, César, Napoleón. Una palabra — y esto es más todavía — puede salvar á un hombre, arrebatándole del borde del abismo. Y si tal es el poder de la palabra humana, ¿cuál no será la eficacia de la palabra divina? Por eso no hay nada tan irresistible como la espada de dos filos que penetra y divide el espíritu, como dice el Apóstol<sup>4</sup>: la cual no es otra que la palabra de Dios. *Fuertes sois*, dice San Juan á sus discípulos; *¿por qué sino por la palabra de Dios que permanece en vosotros?*<sup>5</sup> Esa palabra que brota de los labios y del corazón de Dios mismo, es antorcha que alumbra nuestros pasos<sup>6</sup>, fuego

<sup>1</sup> Ps. 106, 9.<sup>2</sup> Is. 40, 31.<sup>3</sup> Chrysost., Hom. 61, ad Pap.<sup>4</sup> Hebr. 4, 12.<sup>5</sup> I Io. 2, 14.<sup>6</sup> Ps. 118, 105.

que enciende nuestro corazón<sup>1</sup>, aire que dilata nuestro espíritu, hartura que le vivifica<sup>2</sup>. Comparad ahora la palabra accidental con el *Verbo*, palabra consustancial de Dios: comparad la sagrada Escritura con la sagrada Eucaristía. ¿No alcanzáis á medir la inmensa diferencia de palabra á palabra? Si en la primera está el soplo de Dios, la huella de su paso, y una ráfaga de luz; en la segunda está Dios mismo, aunque oculto bajo los velos del Sacramento, está su realidad, su ser divino, fuente de toda luz, de toda fortaleza. «Dos cosas son para mí de todo punto necesarias, dice el incomparable autor de la Imitación: necesito de alimento y luz.»<sup>3</sup> Mas aunque ésta se encuentra en el libro de las divinas enseñanzas, y aquél en la Mesa de la Eucaristía, ¿quién duda, cristianos, que entrambos elementos de vida se hallan reunidos así en el altar como en la Biblia, mas no del mismo modo ni con la misma perfección? Si, pues, la palabra de Dios fortalece y vivifica donde quiera que se encuentra, mucho más lo hará en el Sacramento, donde se contiene en toda su realidad sustancial. Mas ¿qué digo, la palabra? la mirada sola, la actitud, el ejemplo ¿no son á las veces fuerzas poderosas para levantar el espíritu caído y elevarle hasta el heroísmo? ¿Qué cúmulo de fuerzas no poseerá, pues, la posesión real y verdadera del cuerpo de Jesucristo, donde tenemos el ojo que mira, la mano que obra, el corazón que inflama, y todo dentro de nosotros mismos? ¿Qué virtud no nos comunicará tan inefable comunión?

7. ¿Habéis pensado detenidamente en la insigne fortaleza de nuestros invictos mártires tanto antiguos como

<sup>1</sup> Ps. 118, 140.

<sup>2</sup> Ibid. passim.

<sup>3</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 11 sqq.

modernos? Porque hoy mismo van desfilando á nuestros ojos cien gloriosas figuras de confesores de Cristo en África, China y Oceanía. ¿No habéis quedado atónitos ante aquel prodigio inimitable, humanamente incomprendible, de grandeza de alma y desprecio del dolor? Tiernas niñas y débiles ancianos lucían coraza de héroes, más fuertes que los leones y leopardos que los despedazaban en el circo. Mas ¿de dónde pensáis que les venía ese esfuerzo sobrehumano? Advertid en lo que nota un Padre de la Iglesia de aquel tiempo, el mártir San Cipriano<sup>1</sup>, que no se consentía entrasen los cristianos en las batallas del martirio sin haberse fortalecido primero con este Sacramento. ¿Por qué? Porque, no ellos, sino Cristo había de pelear y vencer en ellos y por ellos á todos los tiranos, como en efecto peleó y triunfó mil veces en toda la faz de la tierra. La fortaleza de los mártires era, pues, el natural efecto de la divina Eucaristía. Mas ¡ah! que no es menos admirable la grandeza de ánimo desplegada por todos los demás santos de la Iglesia, de toda edad, estado y condición, en este incruento pero largo martirio de la vida cristiana; que no se necesita menos fortaleza para combatir contra estos enemigos ordinarios de la virtud y santidad, mundo, demonio y carne, ni menos valor para vencerlos en la lucha diaria y reportar victorias en todos los instantes de la vida, que para aquellos extraordinarios combates del anfiteatro y del circo, con las fieras y con los hombres, á las veces más feroces que ellas. *Campaña es la vida del hombre sobre la tierra*, dice Job<sup>2</sup>; y prolongado, aunque oculto martirio, es la vida del

<sup>1</sup> Epist. 143 (apud *La Puente*, Trat. del SS. Sacram.).

<sup>2</sup> Job 7, 1.